

REVISTA

VISOR

Retratos de una MUTACIÓN

HISTORIAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Una enfermedad tan rara
como no abrazar

El rostro del hambre

A dos metros
de distancia



CARTAGENA DE INDIAS - PUBLICACIÓN SEMESTRAL, DICIEMBRE DE 2020 - 5ª EDICIÓN

PROGRAMA DE
COMUNICACIÓN SOCIAL



ESTA ES UNA PUBLICACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DE COMUNICACIÓN SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR

REVISTA
VISOR

Rector

Alberto Roa Valero

Vicerrector Académico

Daniel Toro González

Decana

Graciela Franco Martínez

Directora de programa

Mercedes Posada Meola

Edición periodística

Tatiana Velásquez Archibold

María Alejandra Romero

Concepto gráfico

Gina Zabaleta Puello

Redacción periodística

Andrea Leal

Yollyseth González

Natalia Silva

Camilo Payares

Juan Manuel Gutiérrez

Pamela May

Valeria García

Shirleida Hoyos

María José Castaño

Sofía Villalba

Leydi Díaz

María Paula Tipón

Daniel Meza

Andrea Montiel

Breylys Baena

Brandon Pomares

Nohelia Guzmán

Diseño y maquetación

Kelly Gómez

Angelina Castelli

Luz Adriana Gómez

Breylys Baena

Giselle Vega

Helena Barraza

Camila Doria

Ana Cristina Gutiérrez

Isabella Marín

Alexandra Velazco

Camila Martínez

Camila Tarrá

Daniela Medina

María Alejandra Romero

Natalia Lastre

Danna Mendoza

María Mónica López

Luisa Fernanda Marriaga

Shirleida Hoyos

Daniela Cabarcas

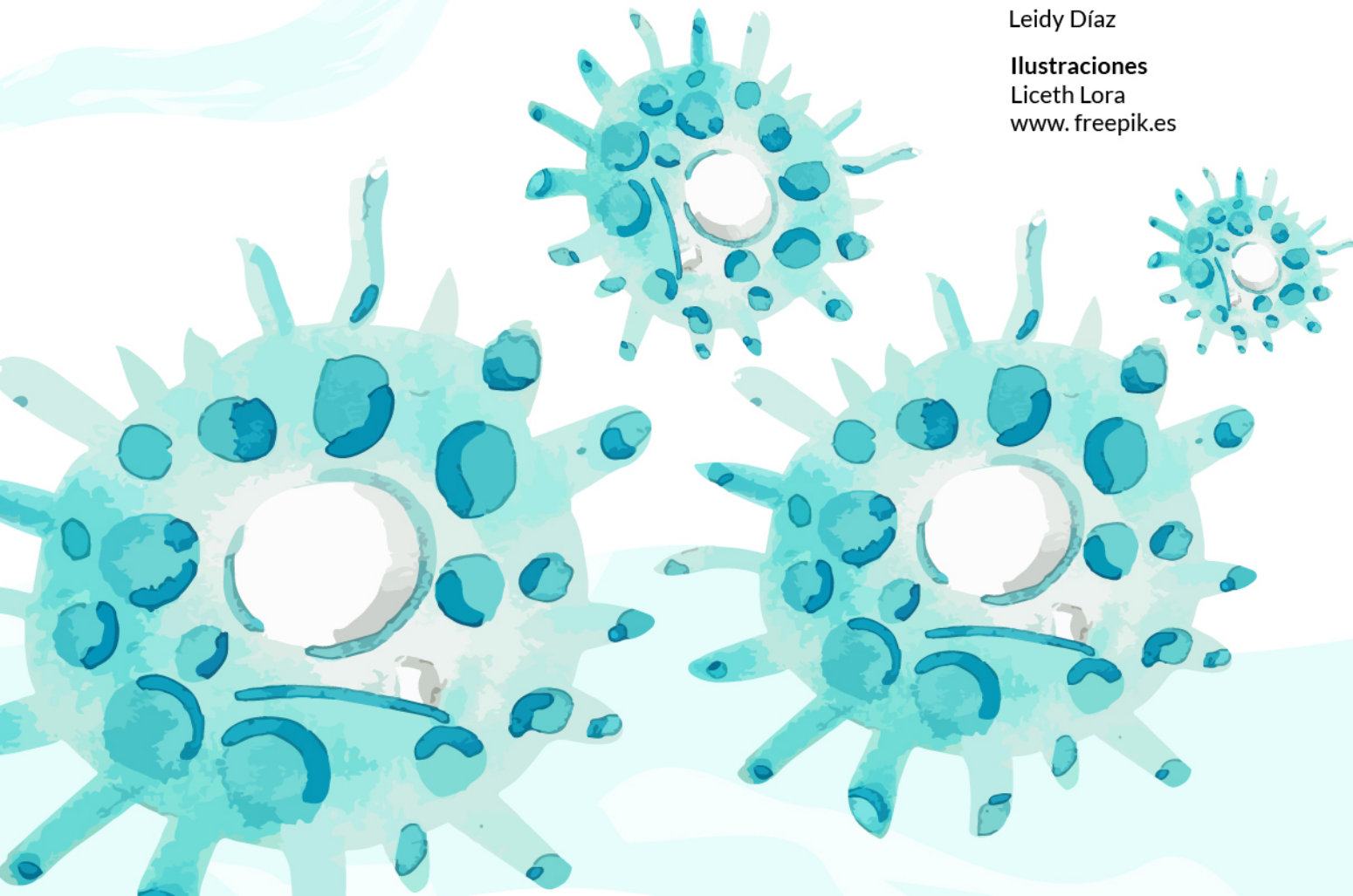
Juan Sebastián Osbon

Leidy Díaz

Ilustraciones

Liceth Lora

www.freepik.es



Editorial

Así terminó este 2020: Entre la incertidumbre por lo que viene y la memoria de lo que hicimos para afrontar los miedos y retos que aparecieron con el coronavirus. De un día para otro y sin mucho aviso, tuvimos que suspender los abrazos y los besos, guardar forzosamente las distancias, mutar nuestras vidas y acostumbrarnos a las pantallas como paliativo para el confinamiento que salva del contagio, pero nos encarcela.

Las personas, dice Sábato en *La Resistencia*, se expresan para llegar a los demás, para salir del cautiverio de su soledad. Esta edición de la revista Visor no sólo es especial por el tiempo en que ha sido escrita, sino porque narra historias muy cercanas que por momentos nos reflejan, nos interpelan, nos incomodan, pero sobretodo nos recuerdan el valor de las conquistas cotidianas, que, aunque parezcan simples, generan una nueva perspectiva de este tiempo tan propenso al pesimismo.

La angustia que vive la familia de un guía turístico joven, las peripecias de un comerciante de Bazurto para sobrevivir en cuarentena, los nuevos ritos alrededor de la muerte, el testimonio de una enfermera discriminada, la historia de una madre que padece una enfermedad “tan rara como no abrazar”, los amores distanciados por el confinamiento, los desafíos que enfrenta un profesor de un pueblo para dictar sus clases remotas, los rostros del hambre que arremete con más fuerza en medio de la crisis mundial más severa de este siglo...Estas y otras historias se conjugan en esta edición en la que las profesoras, Tatiana Velásquez de periodismo y Gina Zabaleta de diseño, unen esfuerzos para retar a sus estudiantes y emprender con ellos un viaje en el camino de la escritura, el periodismo, la creatividad y la estética, como ingredientes inexorables de Visor.

La memoria es el hilo conductor de las historias que se cuentan para tratar de entender lo que está pasando y construir una “memoria de fuego”, que nos recuerde el valor de la dignidad, de la grandeza ante la adversidad, del coraje, de la humanidad y la entereza.

Visor, la revista digital del programa de Comunicación Social de la UTB, esta vez viene cargada de crónicas, entrevistas y relatos periodísticos de una época en la que aprendimos a sobreponernos al sufrimiento. Cada texto está escrito con rigor y belleza narrativa, con altura humana. Esta edición, una vez más nos demuestra, que entre la academia y el periodismo es posible pensar la realidad y ofrecer lecturas más diversas de lo cotidiano como conjuro a la desesperanza.

A los estudiantes de periodismo y diseño que le dan vida a estas páginas, todo nuestro reconocimiento y admiración. A los personajes de las crónicas y entrevistas, muchas gracias por su generosidad. A las profes Tatiana y Gina, gracias por hacer posible esta edición. Y a todos los lectores de Visor, nuestra gratitud anticipada.

Mercedes Posada

Directora Programa de Comunicación Social
Universidad Tecnológica de Bolívar - Cartagena

PÁG N°

4

“A veces me siento amenazada y me da miedo que puedan hacerme algo”: enfermera cartagenera

 Andrea Montiel, Andrea Leal y Brandon Pomáres


6

“Lo más importante es tener paciencia”: La pandemia desde los ojos de un profesor

 Daniel Meza y Juan M. Gutiérrez

11

El rostro del hambre

 María José Castaño


15

Una enfermedad tan rara como no abrazar

 Sofía Villalba

22

A dos metros de distancia

 Breyllis Baena, Leidy Díaz y María Paula Tipón

27

La pandemia cambió hasta las despedidas

 Nohelia Guzmán Olmos


32

Lo que el virus me arrebató

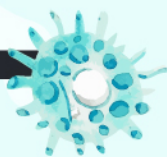
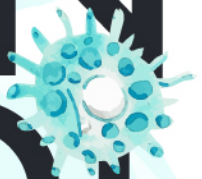
 Nathalia Silva, Camilo Payares y Yolliseth González

36

En Malí está mi amor

 Valeria García, Shirleida Hoyos y Pamela May.

ÍNDICE



“ A VECES ME SIENTO
amenazada
Y ME DA MIEDO QUE
puedan hacerme algo”:

ENFERMERA CARTAGENERA



Desde que el coronavirus llegó, médicos y enfermeros viven con doble zozobra: por unas jornadas de trabajo cada vez más extenuantes y por ser blanco constante de ataques apenas pisan la calle. Este es el testimonio de Paola Alvarán, uno de ellos.



Por Andrea Montiel, Andrea Leal y Brandon Pomares*

En tiempos de pandemia, los trabajadores de la salud no solo batallan contra el Covid-19 desde hospitales y clínicas. También deben lidiar con el rechazo de algunos ciudadanos que, temerosos o violentos, creen que estos hombres o mujeres pueden contagiarlos.

Paola Alvarán es una de esas funcionarias del sector salud en Cartagena que ha sido discriminada por ser enfermera.

A través de una conversación por Skype, Alvarán cuenta cómo le ha cambiado la vida desde que comenzó a tratar pacientes sospechosos o positivos para Covid-19 y cómo crece el miedo entre los profesionales de la salud, a medida que la pandemia avanza.

Desde que el virus llegó a esta capital, para ella se ha convertido en un verdadero desafío caminar por las calles con su uniforme de trabajo, utilizar el transporte público o comprar alimentos en un supermercado. Las amenazas que ha recibido la tienen tan aterrorizada, que desde hace semanas evita salir con la vestimenta blanca, usual entre las enfermeras.

Pregunta. ¿Cómo ha cambiado su vida desde que comenzó la pandemia?



Imagen tomada de <https://cutt.ly/9hTWPNP>

Paola Alvarán. A nivel personal me ha afectado bastante. Mi hermano, con quien vivía, me echó de la casa. Apenas estaba empezando la pandemia y su excusa fue que debía proteger a su esposa y a su niña de tres años. Eso me afectó mucho.

P. ¿Y en la calle la han discriminado?

PA. A veces, cuando agarraba buseta no querían llevarme, por el simple hecho de tener uniforme. Una vez me monté en una buseta y cuando me senté, la señora que estaba a mi lado se levantó enseguida y se alejó de mí. Las personas piensan que soy portadora del virus. Por eso es que yo he decidido venir a trabajar en ropa particular.

P. ¿Qué otras experiencias ha tenido que soportar recientemente?

PA. Un día agarré una mototaxi a las afueras del hospital donde trabajo y el conductor me empezó a preguntar que si yo trabajo ahí. Le dije que trabajaba llevando los almuerzos al hospital y luego el señor empezó a decirme un montón de barbaridades sobre las enfermeras.

Además, escuché rumores de que algunas personas estaban pagando dos millones de pesos por cada enfermera violentada.

P. ¿Qué otro caso cercano de discriminación ha presenciado recientemente?

PA. En realidad, este es nuestro diario vivir.

P. ¿Usted cree que las redes sociales están fomentando las agresiones hacia el personal médico?

PA. Sí, yo creo que son personas ignorantes que desconocen cómo funciona el área de la salud. Cuando recibo pacientes que fallecen, algunos familiares empiezan a gritar, a decir groserías o amenazan de muerte.



Imagen tomada de: <https://bit.ly/36ZaHwA>

“ Me pregunto: ¿Será que al salir de aquí me van a “linchar”? ”

En estos días a mi jefa la amenazaron con pegarle “una palera” cuando saliera del hospital. Menos mal nosotras usamos máscaras y monogafas, por lo que a la gente se les hace muy difícil reconocernos.

La preocupación de Paola era notoria. Al preguntarle por unas amenazas recientes publicadas en Facebook (“Yo sigo insistiendo en que hay que matar a dos o tres médicos de cada clínica u hospital, caiga quien caiga”)

P. ¿Teme contagiarse de Covid?

PA. Saber que un compañero, con el que se compartió bastante, tiene Covid-19, me hace preguntarme si estoy contagiada o soy asintomática. Me pongo a pensar en eso y le rezo bastante a Dios para que me cuide, porque si mis compañeras, que han salido positivas, tienen el apoyo de su familia, en mi caso sé que no tendría ningún tipo de apoyo.

Es más, si llego a salir positiva por coronavirus, me echan de donde mi tía y me quedo sin casa. Por eso trato de cuidarme lo más que pueda e incluso compro mis propios implementos de seguridad, ya que los que nos dan en la clínica no son muy buenos.

**Estudiantes de cuarto semestre. Entrevista realizada para la materia Periodismo I: Noticia y Entrevista.*

"LO MÁS IMPORTANTE ES TENER PACIENCIA"

LA PANDEMIA DESDE LOS OJOS DE UN PROFESOR

En esta entrevista, Jean Carlos Arrieta, docente de inglés de un colegio de Malambo (Atlántico), cuenta todos los desafíos a los que se enfrenta por la nueva normalidad que impuso la pandemia.



Por Daniel E. Meza y Juan Manuel Gutiérrez *

La educación en Colombia tuvo un giro inesperado con la llegada del coronavirus al territorio nacional. Las clases presenciales migraron al ámbito digital desde el 20 de abril de 2020, por orden del presidente colombiano Iván Duque. Ese cambio ha significado todo un desafío para quienes se dedican a la docencia. Uno de ellos es Jean Carlos Arrieta Álvarez, profesor de inglés en el municipio atlanticense de Malambo.



Jean Carlos Arrieta Álvarez nació en Barranquilla, pero creció en San Andrés de Sotavento (Córdoba). Estudió Licenciatura en Humanidades e Inglés en la Corporación Universitaria del Caribe (Cecar) y se desempeñó como director y coordinador del proyecto de Alfabetización en Estudiantes con Necesidades Educativas Especiales (NEE), en la Institución Educativa Alianza. Su experiencia también incluye escuelas en Sincelejo y San Andrés de Sotavento.

La pandemia lo sorprendió como profesor del Centro Educativo Un Mundo de Juegos, en Malambo. Allí enseña inglés y tiene a cargo la coordinación de disciplina del plantel.

Sobre cómo ha afrontado un profesor de una escuela municipal la pandemia va esta entrevista.

Pregunta. ¿Qué está haciendo el plantel educativo para facilitar las clases?

Jean Carlos Arrieta. Ha sido una fase muy dura, eso no podemos negarlo. Esta contingencia del coronavirus nos ha llevado como institución a tomar medidas drásticas y diferentes. Los maestros estamos adoptando unas metodologías flexibles, diferentes a las que estábamos trabajando con la metodología presencial. Es decir, nos ha disminuido el tiempo de trabajo en aula virtual y hemos dado prioridad a las guías. No estamos sometidos siempre a estar calificando, calificando y calificando.

Para los estudiantes hay un poco más de permisividad también porque nuestra institución tiene una población grande que es vulnerable (la escuela trabaja con convenios del gobierno local para recibir estudiantes subsidiados). No todos tienen la facilidad de tener aparatos electrónicos ni conectarse a internet. Por eso, nuestro coordinador académico les lleva las guías impresas a los que no pueden acceder a esos contenidos virtuales.



P. ¿Cómo se realiza la entrega de las guías a los estudiantes?

JCA. Ellos (los estudiantes) van y las recogen. Los estudiantes están en los grupos de WhatsApp, les avisamos y nosotros vamos enviando cosas por los grupos. Les vamos explicando lo que tienen las guías. En la mayoría de casos el internet es muy inestable para conectarse a Zoom (plataforma utilizada para las clases virtuales).

P. ¿Cómo es trabajar de manera remota con estudiantes de básica primaria?

JCA. Es duro y también podríamos decir que es alentador. Estamos haciendo un trabajo un poco más arduo porque ellos necesitan más atención. Si bien las nuevas generaciones están arraigadas a la tecnología, cada niño dentro de sus procesos de crecimiento va pasando por unos estados de déficit de atención y problemas de entendimiento.

Es cierto, hay ocasiones en las que tenemos atenciones bajas y por ende nuestro trabajo se ve menos

reflejado. Pero, hay veces en la que nuestro trabajo es más fuerte, le metemos más dinamismo y la atención del estudiante es más alta.

P. ¿Pensó que el sistema remoto iba a funcionar con la realidad tecnológica del país?

JCA. La verdad, eso es engañoso porque uno cree que, por ser joven (tengo 26 años), está a la vanguardia de la tecnología. Pero, en realidad cuando uno se tiene que enfrentar a lo que son los procesos tecnológicos, uno se da cuenta que los conocimientos que uno tiene no son suficientes

Cuando nos dijeron que el proceso educativo iba a cambiar, fui muy sincero y me hablé a mí mismo antes de hablarles a mis jefes directos: yo sabía que esto no iba a ser una buena idea.

Porque primero no estamos preparados de manera virtual, los estudiantes, por lo general, están acostumbrados a los presenciales.

El modelo educativo en Colombia ha acostumbrado a los estudiantes a que todo tiene que ser entregado en las manos y que todo tiene que ser repetido una y mil veces para que ese conocimiento pueda adquirirse. Es bien sabido que ese modelo tiene un déficit muy grande, y ese déficit a su vez va creando necesidades y huecos dentro de la población estudiantil. Por todo esto, yo dije que esto no iba a funcionar.

Las metas han cambiado y los propósitos de igual manera. Entonces estamos dando lo más que podemos, estamos haciendo lo más que podemos, pero es bien sabido que cuando estábamos en el aula quedaban vacíos que el tiempo no nos dejaba llenar. En estos momentos, donde el tiempo es mínimo, donde no estamos teniendo



contacto con nuestros estudiantes sino a través de una pantalla, cuando el tiempo se acaba nosotros tenemos obligaciones que atender y no podemos atenderlos a ellos. Mientras que, en el sistema presencial, en las aulas y fuera de ellas siempre teníamos tiempo para ellos.

P. ¿Siente que los estudiantes están siguiendo los horarios con disciplina desde casa?

JCA. Podríamos decir que sí y no. Siempre trato de inculcarles a mis estudiantes la disciplina en todos los ámbitos, pero, no están dando el 100% que deberían. Ahora que tienen más tiempo para ellos, no están cumpliendo. Están bajando la guardia.

Con eso de que *“Este año nadie va a perder el año”*, los estudiantes bajan la guardia. No están cumpliendo con la disciplina, no están cumpliendo con los

horarios y no están cumpliendo con la totalidad con la entrega de las actividades

P. ¿Cómo garantizan la comunicación con los padres y la entrega de los informes?

JCA. Eso es importante, porque en estos momentos los papás se están dando cuenta de que quienes estábamos errados, desde el principio, no éramos nosotros. Los padres ahora son el 50% de la enseñanza de los muchachos y el otro 50% lo damos nosotros. No somos nosotros lo que estamos llegando a ellos, ahora es al revés, ellos son los que están llegando a nosotros a informarnos: *“profe mi hijo no quiere hacer esto”, “profe mi hijo le está yendo mal en esto” o “profe no estamos trabajando de la mejor manera en esto”*.

Con el manejo de notas, estamos trabajando también de manera electrónica, los boletines están siendo entregados a través de pdf. Las reuniones de padres de familia se están llevando a cabo a



“
Siempre trato de
inculcarles a mis
estudiantes la
disciplina en
todos los ámbitos
”



través de plataformas como Zoom, citamos a los padres de familia en horarios que ellos puedan (por lo general siempre son a las seis o siete de la noche) y siempre estamos haciendo el acompañamiento, recalcando que este proceso es tú y yo, no solamente yo.

P. Como profesor, ¿cuál ha sido la experiencia más difícil vivida en estos tiempos de coronavirus?

JCA. Desde mi rol como docente, lo más difícil ha sido entrar a la casa de los estudiantes y que ellos entren a la mía. Lo más difícil que me ha tocado como docente es escuchar las problemáticas que tienen los estudiantes en sus casas. En algunas ocasiones, los padres no se percatan que hay un micrófono, una cámara y muchos más viéndolos y escuchándolos.

Se nos ha hecho muy difícil y hemos descubierto por qué los estudiantes tenían ese comportamiento dentro del aula de clase.

P. ¿Algún consejo para sus colegas que también están en esta modalidad?

JCA. Siento que es algo difícil darles un consejo a los demás maestros porque todos estamos pasando por situaciones totalmente diferentes: algunos están teniendo situaciones privilegiadas, otros están teniendo situaciones muy difíciles y otros nos encontramos en situaciones en término medio. Para mí, el mejor consejo que le podría dar a un docente es: ten paciencia.

Cada día vamos a encontrar falencias y más aquí (en la Costa norte de Colombia), donde nuestro sistema de energía eléctrica no es el mejor. Cuando sucede algo que creíamos no iba a suceder, empezamos a desequilibrarnos.

Lo más importante es la paciencia, creo que este el mejor consejo que hubiese querido que me dieran cuando todo esto empezó.

** Estudiantes de cuarto semestre. Entrevista realizada para la materia Periodismo I: Noticia y Entrevista.*



“
Cuando sucede algo que creíamos no iba a suceder, empezamos a desequilibrarnos
 ”





EL ROSTRO DEL HAMBRE

Cartagena es una de las capitales con mayor pobreza y desigualdad de Colombia, una situación que la pandemia agudizó. La historia de Jair y su familia es tan solo una de las miles que desde marzo pasado se repiten en los barrios de esta ciudad.



Por María José Castaño Macareno *

“Mami, tengo hambre, tengo hambre”. En medio de lágrimas, Mauricio, un niño de cinco años, le pide comida a su madre. Eran las 11 de una mañana de marzo y no había desayunado. Pero, ¿cómo decirle a un niño de cinco años que aún no podrá comer? ¿Acaso lo podría entender?

Con los ojos empañados, Jair, mi novio, miraba a su hermano sin poder decirle ni una sola palabra. La comida ya se había acabado.

A Adela, la madre de Jair, se le ocurrió llamar a un viejo amigo para pedirle ayuda aquella mañana. Ya había intentado antes conseguir unos cuantos

pesos con varios conocidos, pero la respuesta era la misma: no tenían dinero porque la pandemia había ajustado sus ya débiles presupuestos.

Le marcó, entonces, al doctor Edilberto, un viejo amigo que vive en Barranquilla.

—Aló, ¿con quién hablo?

—Hola Edilberto, te habla Adela Santos. Te extrañaré mi llamada, pero necesito de tu ayuda.

—Claro, ¿de qué se trata?

—Mi familia y yo hemos pasado días duros. Mis hijos no están trabajando y el hambre ya entró por la ventana. Llevamos una semana comiendo mal y hoy ya no hay nada en la nevera. Sé que tú puedes ayudarme. Préstame dinero, por favor.

—Bueno, Adela, después del almuerzo te consigno 100.000 pesos. Las cosas están duras en todos lados. Lamento no poder ayudarte con más.

No tuvieron más opción que esperar.

Todos me preocupaban, pero especialmente temía por Jair. Lo escuché quejarse por una fuerte punzada en el estómago. Tres meses atrás estuvo hospitalizado por una hemorragia que le generó una úlcera. Los médicos le recomendaron comer siempre a las mismas horas y evitar saltarse el desayuno, el almuerzo y la cena. Palabras vacías en tiempos de pandemia. Ese día, por ejemplo, ya eran las tres de la tarde y ni él ni sus familiares habían comido.

Poco después, llamó el doctor Edilberto. Cumplió su promesa. Había consignado.

Acompañé a Jair a un cajero de Bancolombia, en el centro comercial Los Ejecutivos. Caminamos unas cuantas cuadras desde su casa. Salimos de prisa y sin tapabocas. Si no había dinero para desayunar, mucho menos había para comprar tapabocas.

Esos pesos cayeron como una verdadera bendición. Compramos lentejas, frijoles, arroz, aceite, carne y pan. Ni siquiera pudimos comprar una canasta de huevos: su precio era exageradamente alto. No costaban menos de 15.000 pesos.

De regreso a casa, Jair rompió en llanto. Le parecía mentira que su familia y él atravesaran por una situación como esta. Sentía zozobra porque el modesto mercado que llevábamos solo alcanzaría para pocos días.



La de Jair es una historia que se repite desde hace meses en Cartagena, una ciudad con la mitad de sus trabajadores en condición de informalidad. Viven de lo que las calles les dan a diario. Para ellos el confinamiento solo ha traído más hambre. Desde casa no pueden trabajar.

En marzo pasado, Colombia inició una de las cuarentenas más largas del mundo para intentar contener los contagios por coronavirus, una crisis sanitaria sin precedentes que ya suma miles de muertos en todo el país. Cartagena es una de las capitales en alto riesgo por su débil sistema de salud y sus históricas cifras de pobreza extrema.

El desesperado clamor por comida se ha escuchado con fuerza desde distintos barrios de la ciudad. En abril pasado, comunidades pobladas en su mayoría por trabajadores informales sacaron ollas para reclamar ayudas. Ellos han visto palidecer sus bolsillos al no poder trabajar, como lo hacían antes de la cuarentena, en las calles, playas, mercados y el Centro Histórico.

Esas arengas han presionado al gobierno de William Dau, el alcalde de Cartagena que al inicio de la pandemia prometió que a nadie le faltaría alimento: “Mientras yo sea alcalde, en Cartagena nadie pasará hambre”, dijo el 30 de marzo, desde el Palacio de La Aduana, al tiempo que presentaba su Plan de Acción para intentar enfrentar esta crisis sanitaria.

Una promesa imposible de cumplir, pese a la millonaria inversión de su gobierno en mercados y a los subsidios enviados por el Gobierno nacional.

Para Jair y su familia las afugias económicas llegaron con el anuncio de la cuarentena en marzo y el cierre de discotecas, restaurantes y establecimientos sociales, que pudieran generar aglomeraciones y convertirse en potenciales focos de contagio.

Hasta ese mes, Jair trabajó en una discoteca los fines de semana. Su hermano Bayron también se ganaba la vida como DJ en otro establecimiento nocturno. Ahora, desempleados, ¿de qué iban a



“Mientras yo sea alcalde, en Cartagena nadie pasará hambre”,

a vivir? ¿Cómo iban a comer?

Sin la madre trabajando, la vida nocturna era una fuente vital de ingresos para esta familia que sobrevive con la pensión que el padre les dejó, cada vez más corta para pagar el arriendo, los servicios públicos y el transporte y comprar alimentos. Para el ocio o la ropa ya habrá tiempo.

Otra semana más de cuarentena. Otra semana más de hambre.

Ahora la familia tiene que recurrir a un préstamo al interés. Aunque ese préstamo de un viejo conocido, en pocas semanas, será fuente de nuevas angustias, es una solución inmediata que garantiza techo y comida.

Otro mes de cuarentena. Otro mes de zozobra. Cuando la plata del préstamo se acabó, las esperanzas estuvieron puestas en el tendero del barrio.

Una mañana, a finales de abril, Jair habló con él. Esperó con paciencia a que se fueran los clientes para explicarle al pequeño comerciante su situación. No quería que los vecinos conocieran detalles de su infortunio.

Roberto, el tendero, le fió 150.000 pesos en comida. Lo hizo bajo una promesa de pago la quincena siguiente, cuando debía llegar la ya comprometida pensión del padre.

Todas esas semanas acompañé a Jair desde la distancia. No pude volver a quedarme con él en su casa. No quería convertirme en una boca más por alimentar. Suficiente tenía auestas para garantizar que él, sus dos hermanos y su madre tuvieran con qué comer. Hablábamos a diario. Le pedía que no perdiera la fe.

—Yo no creo en brujerías ni en nada de esas cosas, pero cualquiera pensaría que a mi familia le echaron algo. Todo lo malo nos pasa— me dijo en una de esas conversaciones telefónicas.

—No seas desagradecido. Dios siempre está con ustedes y jamás los ha abandonado— le respondí.

Jair rompió en llanto. Hubo un largo silencio.

Las deudas que durante esta pandemia ha acumulado la familia de Jair son muchas. Sin él ni su hermano trabajando les será imposible comenzar a pagarlas. Por el contrario, el saldo en rojo aumenta cada día más como una bola de nieve: no han dejado de llamar a conocidos para pedirles dinero prestado. Necesitan garantizar con unos cuantos pesos la comida diaria.

Siempre le digo a Jair que todo pasará. Le recuerdo cuán necesaria es la fe en momentos difíciles como este. Quizá todo lo que le he dicho ha sido en vano y lo seguirá siendo hasta que la pandemia no quede en el pasado y su familia sienta que puede recuperar algo de la normalidad perdida. Aquellos días en que el hambre no les mostraba su rostro.

Nombres cambiados por petición de las fuentes.

**Estudiantes de quinto semestre. Crónica realizada para la materia Periodismo II: Crónica y Reportaje.*





UNA ENFERMEDAD TAN RARA COMO NO ABRAZAR



Por Sofía Villalba*

Para las personas con enfermedades raras, como el síndrome de Behcet, cuidarse en tiempos de coronavirus es una obligación: un simple abrazo o salir sin mascarilla puede suponer un riesgo tan alto como la muerte. Esta es la historia de Dayla Villalba.

Eran aproximadamente las 10 de la mañana cuando se oyó en las puertas de mi casa un desesperado y casi violento llamado de auxilio:

–¡Se privó Dayla, se privó–, gritaba alarmadamente Alexandra, mi tía política, quien desde el balcón del segundo piso vio desplomarse a mi madre sobre una calle principal del barrio San Fernando de Cartagena, a pocos pasos de nuestra terraza.

Mi tía salió corriendo a socorrerla junto a su hija Valeria. Las cámaras de seguridad de la casa habían grabado cómo dos solidarios caballeros con tapabocas que pasaban en ese momento por la calle demasiado transitada, se bajaban apresuradamente de sus automóviles, un taxi y un carro blanco, para ayudarla.

En ese instante, a los señores no les importó la Covid-19, o al menos la adrenalina del momento no les permitió pensar en otra cosa que auxiliar a la mujer de 44 años que se había desmayado ese 9 abril. Los dos señores, la cuñada y la sobrina de Dayla la llevaron cargada hasta la sala de su casa, donde luego de unos angustiosos segundos recobró la consciencia. Toda la familia la rodeaba preocupada por su salud.

Cuando por fin Dayla se estabilizó, todos pudimos soltar la respiración. A pesar de mi preocupación solté un “¿De cuánto era el billete?”, en tono de broma, haciendo alusión a su caída. Todos, incluso Dayla, rieron y el ambiente se relajó. Al día siguiente, Dayla amaneció con moretones en los brazos y espalda. Aún un poco fatigada entre sus sábanas blancas, pensaba en su estado de salud.

Este tipo de episodios suelen ser muy extraños para alguien sano. Sin embargo, para una persona diagnosticada con síndrome de Behcet como ella, esta es una de las situaciones para las que debe estar preparada, al igual que sus familiares.

El síndrome de Behcet es, según el argot médico, una afección *vasculítica multisistémica recidivante crónica con inflamación mucosa*. Pero, para que se entienda mejor, pongámoslo así: los glóbulos blancos de Dayla son tan ‘trastes’ (como decimos los costeños para calificar un comportamiento torpe) que atacan todo a su paso, incluyendo al tejido sano. No es una enfermedad contagiosa y no tiene cura, sin embargo, se puede reconocer mediante signos y síntomas.



Uno de los principales retos de las personas con síndrome de Behcet es dar a conocer su enfermedad, la cual es tan poco común que incluso dentro del gremio de la salud es desconocida. El hecho de que sea una enfermedad rara puede hacer que el público en general discrimine a las personas que la padecen, sobre todo cuando presentan brotes agudos creyendo que puede ser contagiosa o transmisible.



Algunos de los síntomas que presentan los pacientes de este tipo de vasculitis son úlceras genitales y bucales, inflamación ocular y llagas en la piel. Existen tratamientos que ayudan a contrarrestar esos síntomas e incluyen corticoides, sustancias que controlan la respuesta del sistema inmune, pero dejando a su paso varios efectos adversos: el más temido por Dayla, sobre todo en época de coronavirus, es el aumento del riesgo de contraer infecciones, en especial con microorganismos bacterianos, virales y fúngicos comunes, debido al desorden inmunitario que hay en su cuerpo.

El 22 de marzo de 2020, el presidente de Colombia Iván Duque y su gabinete de ministros firmaron el Decreto 457, que ordenó el aislamiento preventivo obligatorio en todo el territorio colombiano.

“Quédese en casa”, repetían constantemente en la televisión, en la radio y en redes sociales. Pero, ¿cómo hace una persona como Dayla, que además de estar diagnosticada con síndrome de Behcet, es madre y uno de los pilares administrativos de una empresa de reparación de autos, cuyos trabajadores estuvieron a punto de quedarse en el limbo a raíz del cese de actividad económica de Cartagena?

Dayla no se sentía tranquila quedándose de brazos cruzados, sabiendo que las quince familias que dependían del taller no tenían garantizado su sueldo si no regresaban cuanto antes a la normalidad. Esta situación obligaba moralmente a Dayla a mantener el taller abierto. Poco después de recibir luz verde del Gobierno nacional, retomó el contacto permanente con los clientes que de a poco volvieron a reparar sus vehículos.

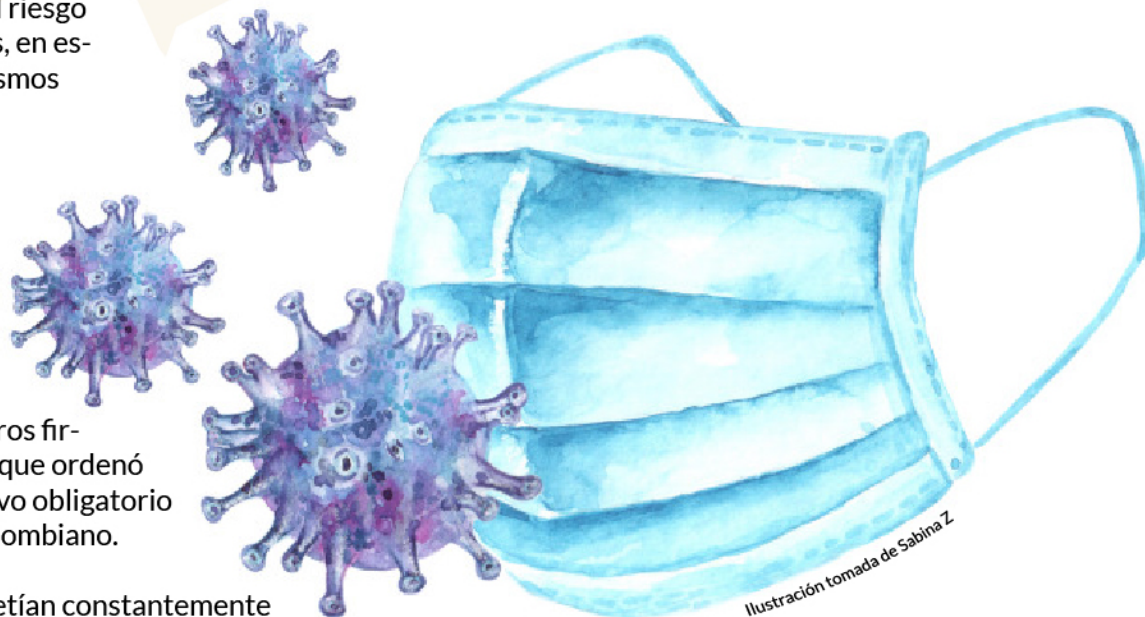


Ilustración tomada de Sabina Z

Se expuso al contagio, como lo ha seguido haciendo todos estos meses de pandemia al tramitar órdenes y fórmulas médicas, como lo exige su enfermedad. Unas labores que no siempre puede solucionar de manera virtual.

Esta es la historia de mi madre. Es también la historia de quienes como ella son pacientes de enfermedades raras —también llamadas huérfanas—, cuya vulnerabilidad aumentó hace meses con la llegada a Colombia de la pandemia por nuevo coronavirus.

El número de personas en esta situación es difícil de calcular, debido al tiempo que le toma a la ciencia diagnosticarlas, y porque el Ministerio de Salud aún no ha terminado de construir una base de datos que recoja la cifra precisa de quienes ya han sido diagnosticados. Pero esto no sólo pasa en Colombia, rara vez un país dispone de datos precisos sobre esta enfermedad.

La falta de dicha base de datos, y la poca importancia que se le ha dado a las enfermedades huérfanas, aparte de dejar a sus pacientes con muchas preguntas, les dificulta su acceso a servicios médicos de calidad y, muchas veces, los invisibiliza.



* * *

Cualquiera que conozca bien a Dayla puede dar testimonio de su carácter, pero también de su bondad y de su determinación. Como todos, tiene una forma de ser en cada faceta de su vida.

Como madre, que es como la conozco, es comprensiva, estricta cuando tiene que serlo, divertida y entregada. Cuando las palabras no alcanzan la música sobra, es por eso que prefiero que Francis Cabrel hable por mí para describir a mi madre:

“Conoce bien cada guerra, cada herida, cada sed, conoce bien cada guerra, de la vida y del amor también. Me dibuja un paisaje y me lo hace vivir, de un bosque de lápices se apodera de mí, la quiero a morir. Y me atrapa en un lazo que no aprieta jamás, como un hilo de seda que no puedo soltar, no quiero soltar, la quiero a morir”. Esa es mi mamá.

Como amiga, Dayla es incondicional. Es de ese tipo de personas con las que no necesitas hablar todos los días para sentir su amor. Con su grupo de amigas, “las firmes”, como ellas se hacen llamar, llenan de carcajadas y algarabía cualquier lugar que escojan para reunirse, mientras recuerdan anécdotas de la adolescencia y se ponen al día de sus vidas.

Y como trabajadora es responsable y seria. En el taller automotriz en el que trabaja se ha ganado el respeto de los trabajadores que tiene a su cargo, no sólo por su mano firme, sino también por su humanidad y su capacidad de empatizar con las historias de vida de las personas que la rodean.

* * *

Los primeros recuerdos que tengo de Dayla con la enfermedad de Behcet son de cuando tenía nueve años.

Sin embargo, según su madre, mi abuela, siendo una bebé de dos años Dayla ya presentaba los síntomas que hoy en día la acompañan. El diagnóstico de los médicos no era nada alentador. Decían que era amigdalitis, que era porque estaba pequeña y se metía los dedos a la boca, que era por falta de vitaminas. Atribuían

los síntomas a muchos motivos. Muchas opiniones médicas relacionaban lo que tenía con lupus, enfermedad de Crohn, Kawasaki y muchas otras sistémicas que tienen síntomas parecidos.

Dayla también se realizó la prueba de patergia, en la que el médico inserta una aguja estéril en la piel y examina el área un día después. Si la prueba es positiva, se formará un pequeño bulto debajo de la piel en el lugar donde se introdujo la aguja. Esto indica que el sistema inmunitario está reaccionando de forma exagerada ante una lesión menor. En su caso, dio positivo.



Ilustración tomada de Clipart

Llegar al diagnóstico oportuno, o al menos dar con el nombre de la rara enfermedad, no fue un asunto sencillo. Las primeras pistas llegaron por casualidad, en una conversación con el novio de una de sus sobrinas hace 15 años.

—No recuerdo si ya estaban casados o era estudiante. El joven médico, muy piloso, asoció los síntomas con una enfermedad reumatológica. Me dijo: “Oye, pero eso parece síndrome de Behcet, que lo vi en mi clase con el doctor Cortina”—menciona ella recreando aquella vieja conversación.

Aquel joven médico contactó a su profesor Alonso Cortina, un internista y reumatólogo, quien revisó a Dayla y le diagnosticó el Síndrome de Behcet.

—Allí viene una parte de alivio, pero cuando empiezo a leer sobre la enfermedad, me digo: 'Miércoles, esto no es sencillo'. Esto tiene muchas implicaciones, tiene muchas cosas detrás, tiene muchos riesgos— dice, ahora, tranquila.

Dayla recuerda que a sus 15 años ya le habían advertido que podría tener esa enfermedad, pero los médicos la descartaron porque creían que sólo la padecían los nacidos en Asia.

Para Dayla, ya es tanto el tiempo conviviendo con esta enfermedad que ha aprendido a sortear los períodos de crisis. Solo ha podido estar sin quebrantos de salud durante nueve meses de su vida, gracias a unos medicamentos que tomó.

—Pude terminar la universidad. Estudié en universidad pública. Tuve dos hijas, las pude criar. En mi familia no tenemos dinero, pero siempre que ha habido la necesidad de cubrir los gastos de mi enfermedad se hace 'la vaca' y ha salido el dinero.

* * *

Desde hace mucho tiempo vivimos juntas mi mamá, mi abuela, mi tía, mi hermana y yo. Recuerdo que desde pequeña yo quedaba al cuidado de mi tía cuando mi mamá tenía que ser hospitalizada y mi abuela iba a acompañarla. Con el tiempo, mi abuela fue envejeciendo y acompañar a mi mamá se le hacía más complicado, pero mi hermana y yo crecíamos y acogimos esa responsabilidad con amor y entrega. Para eso es la familia.

La primera vez que acompañé a mi madre durante una hospitalización, tenía 16 años (18 años es la edad mínima requerida para los cuidadores en Colombia, pero no importa, yo me colaba). Entre cafés y jeringas pasamos mucho tiempo. Para distraernos, leíamos libros o veíamos películas o series descargadas en el computador. De los chequeos médicos aprendí cosas básicas para el cuidado de mi mamá, y admito que era curioso ver la cara de confusión de los estudiantes de medicina al entrar a la habitación y encontrarse, por primera vez, con la rara enfermedad de Behcet.

—¿Cómo te sientes cada vez que toca hospitalizarte?
—le pregunté una vez.

—Comienza un padecimiento. Sabes que tienes una crisis y debes ir al hospital porque no puedes comer ni

tomar agua ni hablar por las lesiones en la boca. Vas a la institución médica de urgencia y dices: "Tengo síndrome de Behcet" y la persona de urgencias dice: "¿Qué? ¿Eso qué es?". Entonces dicen cosas como: "Ay señora, eso es una amigdalitis. Eso es herpes". Uno sabe que es algo grave, que puede comprometer su cuerpo, pero te encuentras con un personal médico que no conoce la enfermedad por ser rara.

—No digo que sea culpa de ellos, será del sistema. Entonces le toca a uno darse a la tarea de andar con los folleticos diciendo: "Mira, tengo esto, Behcet".



Ilustración tomada de Woldae

Con la hospitalización, los médicos tratan de curar las lesiones en su boca lo más rápido posible para que pueda volver a comer, a tomar agua sin dolor y regrese a casa.

Cuando está hospitalizada, generalmente recibe bombas de corticoides. Grandes dosis en períodos cortos que hacen que el cuerpo se recupere relativamente rápido. Un cuadro de lesiones que puede durar tres meses si se queda en casa, en el hospital le toma menos de 20 días de recuperación. A veces, incluso, en una semana sus heridas empiezan a sanar.

—Estar hospitalizada implica una incapacidad laboral y una disminución en los ingresos. Implica mucho trabajo adicional en mi familia, a quienes les agradezco tanto acompañarme en el hospital, corretear las órdenes médicas, estar pendientes... Un cuidador tiene que estar conmigo porque así lo exige la clínica y eso implica transporte adicional, alimentación. Una serie de necesidades económicas que hay que cubrir.

Los últimos años, Dayla no ha necesitado hospitalización, pero sí ha visitado el hospital hasta cuatro veces por año debido a la magnitud de las lesiones en su boca.

Al igual que todas las enfermedades raras, este es un camino largo de ires y venires, de diagnósticos fallidos, de pruebas y de cambios de médicos.



—Algunos médicos empiezan con mucha energía, con mucha empatía conmigo y con mi familia, mucho interés en sacar adelante el estado de salud o mejorar mi calidad de vida, pero después de un tiempo se dan por vencidos y, entonces, vienen los sinsabores. Ya no te quieren atender y hay que tocar otras puertas.

Al ser una enfermedad multisistémica, debería tratarse de manera multidisciplinaria, es decir, deberían atenderla médicos de diversas especialidades. Sin embargo, en toda la historia médica de mi madre, sólo, una vez el doctor Cortina citó a una junta médica.

h—Son tantos años conociéndonos que ya se puede hasta decir que hay una especie de amistad entre el doctor y yo, menciona mi madre haciendo referencia al doctor Cortina.

Él hizo una junta médica para pedirle a la EPS que incluyera su tratamiento en el plan obligatorio de salud. La respuesta que recibió —si a aquel documento se le puede llamar respuesta— fue que el tratamiento no estaba aprobado. Por eso, Dayla ha enfrentado la enfermedad con la ayuda de médicos particulares y el constante apoyo de su familia.



EL SÍNDROME DE BEHCET ES UNA ENFERMEDAD CON LA QUE SE APRENDE A VIVIR

Nestor Castelblanco, uno de los médicos que ha atendido a Dayla, sugiere que para tratar el síndrome de Behcet son importantes los corticosteroides, la terapia biológica, los inmunosupresores y una alimentación balanceada, sin harinas refinadas ni azúcares ni alimentos procesados. Los alimentos ricos en probióticos no pueden quedarse por fuera de la dieta porque regulan la flora intestinal, parte clave en el correcto funcionamiento del sistema inmune. También sugiere incluir el ejercicio físico y la meditación en los hábitos diarios para ayudar a fortalecer el sistema inmune.

—He tenido tratamientos biológicos a largo plazo con Adalimumab, Colchicina y Anakinr —añade Dayla—, pero dichos tratamientos no han pasado por el cuerpo sin pasar factura.

Según cuenta mi madre, ella ha sufrido de disminución en la capacidad visual, resequedad en los ojos, cambios en la piel, síndrome de cara de luna (su rostro se vuelve redondo) y síndrome de Cushing (acumulación de grasa por la exposición a cortisol). También presenta daños en el sistema óseo y en las glándulas suprarrenales, que son las encargadas de producir hormonas imprescindibles para la vida: como el cuerpo las está recibiendo de manera sintética deja de producirlas.

Dayla también ha intentado tratamientos alternativos. Algunos de sus síntomas han disminuido, luego de tres años de cámara hiperbárica, desintoxicación iónica y altas dosis de vitamina C.

— El paciente debe asistir a sus controles, es importante hacer énfasis en este punto. Muchos de ellos dejan de asistir a los controles pensando que todo marcha bien, pero esta enfermedad puede producir daños, por ejemplo en los riñones, sin dar síntomas claros. La ausencia de brotes agudos y de ulceraciones en las mucosas no descarta que el sistema inmunológico le esté haciendo daño a otros órganos del cuerpo— explica el doctor Castelblanco.

Los efectos del nuevo coronavirus en una persona con Síndrome de Behcet son muy poco estudiados y documentados. Desde el cuerpo médico, la principal recomendación para las personas inmunosuprimidas como Dayla es que extremen los cuidados. Si una persona sana debe cuidarse, alguien con síndrome de Behcet debe hacerlo aún más. Sin embargo, esta recomendación no es unánime. Otros médicos dicen que gracias

a la ingesta de corticoides las personas con deficiente sistema inmune podrían afrontar mejor la Covid-19 que el resto.

Si una persona sana debe cuidarse, alguien con síndrome de Behcet debe hacerlo aún más. Sin embargo, esta recomendación no es unánime. Otros médicos dicen que gracias a la ingesta de corticoides las personas con deficiente sistema inmune podrían afrontar mejor la Covid-19 que el resto.

Ante esta información confusa, Dayla tiene clara su decisión.

—No quiero hacer parte de las estadísticas, no de las de desenlace fatal. No quiero tener que dar otra batalla como tantas que he dado. Ya sé lo que es estar en UCI y no quiero volver a pisarla en mi vida.

Dayla además de ser mi madre, es uno de los pilares administrativos del taller automotriz, que queda a unos 50 metros de mi casa en el barrio San Fernando, un sector bajo la lupa de las autoridades locales debido al elevado número de contagiados con Covid.

Pese a esa amenaza, mi madre no se ha quedado de brazos cruzados y ha logrado que el taller funcione en esta nueva normalidad. Allí, ella y los demás trabajadores, mantienen el distanciamiento social, se lavan las manos todo el tiempo y controlan su temperatura corporal. Las mismas medidas las replican con los clientes.

Viéndola otra vez ser una guerrera, mi madre me inspira diariamente.



Ilustración tomada de Freepik

—Tenemos que tener fortaleza interior para sobre llevar esto. No es fácil no poder ver a tus amigos ni poder darle un apretón de manos a un cliente luego de un acuerdo hecho. No es fácil alentar a quien lo necesite con un toquecito en la espalda. Tampoco es fácil no poder abrazar a quien tienes tanto rato sin ver.

** Estudiante de sexto semestre. Crónica realizada para la clase de Periodismo II: Crónica y Reportaje.*



A DOS METROS DE DISTANCIA

El Covid-19 llega a casa y con él la angustia, el encierro, la tristeza y, en algunos casos, la muerte. Este es el relato agónico de una familia que, por varias semanas, sintió que su mundo se desvanecía.



Por Breylis Baena, Leidy Díaz y María Paula Tipón*



Eran casi las cuatro de la madrugada del lunes 16 de marzo, cuando escuché que alguien tocaba la puerta principal. No me sorprendí, porque sabía que se trataba de mi hermano mayor. Los últimos dos meses había tomado por costumbre llegar cuando todos dormíamos. Ni siquiera me levanté para abrirle, porque no demoraba mi mamá en salir a regañarlo.

Preferí hacerme la dormida, aunque era inevitable escuchar sus gritos y los de mi abuela. Creo que ya había memorizado el sermón de tanto escucharlo. Mi mamá siempre decía: *“entonces tú me vas a matar”, “no puedo ni dormir pensando en que algo malo te pueda pasar”, “no quiero que trabajes más en el Centro, hijo”*. Y es que él con 24 años se había obsesionado con ser guía turístico en un destino apetecido por extranjeros y locales, como Cartagena de Indias. Mi abuela solo decía que ella no quería más esas llegadas tardes a su casa, y que algún día en uno de sus ataques de rabia lo dejaría durmiendo afuera.

No sé en qué estaba pensando mi hermano. Mi mamá había luchado tanto para que nosotros, sus tres hijos mayores, pudiéramos asistir a la universidad para que en un futuro tuviéramos un buen trabajo. Ella siempre ha querido que no pasemos necesidades y que tengamos un sueldo fijo, así no nos tocará soportar todo lo que le ha tocado a ella por casi 27 años vendiendo libros en el Parque Centenario. Pero no, mi hermano seguía con la idea de querer ser guía de turistas y estar de fiesta en fiesta. Prefería a sus amigos, los extranjeros, que prestarle atención a las advertencias de la familia.

Después de que mi mamá y mi abuela terminaron la acostumbrada retahíla por su llegada tarde, me levanté a verlo. Me llamó la atención que estuviera arropado de pies a cabeza. Lo primero que pensé fue que no hacía frío porque no había llovido. De hecho, yo sentía mucho calor. No le di mayor importancia y me volví a acostar.

Al día siguiente, mi hermano pasó todo el día acostado y, curiosa, le pregunté si se encontraba bien. Se veía mal, decaído y pálido. Me dijo que se sentía congestionado. Le toqué la frente y descubrí que ardía en fiebre. Ni siquiera me imaginé lo que estaba pasando y en broma le dije: "Eso seguro es el coronavirus". Ambos reímos y él empezó a toser muy fuerte. Me marché y lo dejé tranquilo.

La angustia de mi familia no era exagerada porque esa supuesta gripe ya hacía estragos en nuestra ciudad natal Cartagena. El 8 de marzo se registró la primera persona contagiada de esta capital, una anciana de 85 años que llegó en el crucero Braemar y que fue ingresada a la clínica Medihelp Services por una urgencia gastrointestinal, pero resultó positiva para Covid-19.

Se recuperó después de estar en cuarentena, pero contagió a tres personas de la clínica.

Así fue como ese virus, declarado pandemia por la Organización Mundial de la Salud, comenzó a propagarse con rapidez en la ciudad. La primera persona del mundo contagiada con ese nuevo coronavirus se registró en Wuhan, China, en noviembre de 2019.

El 19 de marzo mi familia ya estaba agobiada, pues la salud de mi hermano Javid empeoraba. Recuerdo que por aquellos días él se la pasaba acostado en el sofá. Ese jueves desapareció alrededor de las cuatro de la tarde y no supimos de él sino hasta ya entrada la noche, cuando un vecino mototaxista nos dijo que horas antes lo había llevado al Hospital Universitario.



“
Ni siquiera me imaginé lo que estaba pasando y en broma le dije: “Eso seguro es el coronavirus”
 ”



Al día siguiente, mi abuelo y mi hermano Brayán se dirigieron al hospital pero no les permitieron entrar a las instalaciones. Solamente les dijeron que Javid se encontraba en un cuarto “especial” para sospechosos de Covid- 19. Después, el mismo Javid nos detallaría la pesadilla que vivió allí dentro, pues nadie le avisó que lo iban a encerrar, incluso llegó a pensar que iba a morir en aquel cuarto cerrado, sin protección contra el frío y sin señal telefónica para llamarnos. Solo oía los gritos de los demás pacientes. Estaba aterrorizado.

Permaneció allí durante cinco largos días. El 23 de marzo los médicos le dieron de alta y nos dijeron que no nos preocupáramos porque mi hermano estaba bien y no tenía coronavirus. Sin embargo, esperábamos los resultados de un segundo examen.

Para sorpresa de todos, al día siguiente el entonces director del Dadis, Álvaro Fortich, dijo en una rueda de prensa que un joven promotor de turistas había dado positivo. En ese momento todas nuestras alarmas se encendieron. Los nervios me consumieron poco a poco, reí y lloré al mismo tiempo al enterarme de que mi hermano Javid era positivo para Covid-19.

El 25 de marzo, el alcalde de la ciudad William Dau declaró toques de queda para controlar la propagación del virus, pues solo tres semanas después del primer caso ya se había multiplicado en la mayoría de barrios.

El mundo cambiaba poco a poco. Salíamos según nuestra edad, nuestras condiciones físicas y nuestro último dígito de la cédula. Hacíamos largas filas para entrar a los supermercados y abastecernos. Comenzábamos a usar tapabocas, un verdadero sacrificio y martirio en este Caribe canicular. Comenzábamos a acostumbrarnos a salir siempre con alcohol o gel antibacterial y a mantener una distancia de al menos un metro y medio de los demás. Las universidades, los centros comerciales, los bares y los aeropuertos cerraron. Por semanas, el mundo parecía detenido.

Nuestra realidad cambió tan rápido en casa que no tuvimos tiempo de percatarnos de lo que ocurría afuera. Por primera vez sentimos que perdíamos el control de nuestras vidas. Sentí miedo por mis abuelos, un anciano de 70 años y una anciana de 63. Pensé en ellos y en sus dolores esporádicos.



Mi mamá, como cabeza de hogar, fue la única que asimiló rápidamente la situación, pese a su dolor y angustia. Encerró a mi hermano en su habitación y los abrazos y besos de buenos días desaparecieron durante tres semanas. Cada uno de nosotros trataba de mantenerse en su habitación el mayor tiempo posible, pues a ciencia cierta no sabíamos si también estábamos contagiados.

Mi hermano tenía que estar aislado al menos por 14 días o hasta que una nueva prueba PCR saliera negativa, un test que detecta si hay presencia o no de Covid-19 en el cuerpo a partir del material genético que tiene el hisopo que fue introducido por la nariz o la garganta.

Encerrarse en su habitación para aliviarse y aliviar a los demás parecía sencillo, pero Javid nunca ha soportado estar dentro de cuatro paredes tanto tiempo. Aquellas semanas lo estaban enloqueciendo. Tan solo dos días después de su aislamiento, comenzamos a escuchar sus gritos de desesperación. Ya no era aquel joven alegre, hiperactivo, extrovertido y afectuoso que solía ser. En cuestión de días se convirtió en una persona neurótica y triste.

En mi casa se respiraba una profunda tristeza. Por las noches, orábamos por la salud de mi hermano y por la de todos aquellos que se encontraban en su misma situación. Los días pasaban y los muertos por Covid-19 aumentaban. Era inevitable pensar que mi hermano podría engrosar esas cifras en cualquier momento.

Por su edad, mis abuelos, no podían acercarse a su habitación. Tampoco mi mamá. Ella estaba en reposo porque su presión se había alterado con la zozobra de aquellos días. Entonces fui yo la elegida para llevarle a Javid el desayuno, el almuerzo y la cena. Le servía la comida en platos, cubiertos y vasos desechables, y cada vez que se la llevaba usaba guantes y tapabocas.

Pese a los esfuerzos por mantener un bajo perfil, la visita de los médicos para realizarnos pruebas no pasó desapercibida en mi barrio. Los doctores vestían batas azules y portaban guantes dobles, tapabocas N95 y máscaras de plástico. Una doctora, con lapicero y formulario en mano, nos preguntó a todos lo mismo una y otra vez:

¿Cuál es tu nombre completo?

¿Cuántos años tienes?

¿Has tenido fiebre?

¿Sufres de alguna enfermedad?

Luego sacaba un hisopo del tamaño de un lápiz y lo introducía en la nariz de cada uno de nosotros. Cuando mi turno llegó, me moví tanto por los nervios que sin tener consciencia de mi cuerpo terminé lastimada.

Las crisis de mi hermano se intensificaron con el paso de los días. La tos y la fiebre no cesaban. Se alimentaba de líquidos porque había dejado de comer. El 1 de abril le dolía el pecho y los pulmones le empezaron a fallar. Nos comunicamos con su EPS para informarles sobre su situación y a las nueve de la mañana una ambulancia lo transportó al Hospital Universitario. Resistió sin medicina los embates del virus durante todo el día, pues solo a las 10 de la noche le aplicaron Dipirona para calmar su dolor.





Regresó a casa, pero dos días después el dolor en el pecho aumentó. Tosía tan fuerte que botaba sangre. Decía, con lágrimas en los ojos, que no podía soportarlo. Cuando lo vi llorar, sentí que se me partía el corazón. Sentí miedo de perderlo.

Aquella madrugada nos comunicamos de nuevo con su EPS, pero no obtuvimos respuesta inmediata. Llamamos al Departamento Administrativo Distrital de Salud (DADIS), pero allí nos volvían a remitir a la EPS que después de varias llamadas nos dijo que personal médico llegaría pronto. Mi abuelo y mi otro hermano seguían insistiendo. Los demás llorábamos de impotencia.

La ambulancia sólo llegó a la una de la tarde, casi 12 horas después de la primera llamada. Mi hermano ya no podía caminar. Hizo su mayor esfuerzo para llegar a la calle. Se lo llevaron, de nuevo, al hospital Universitario. Allí estuvo tres días en cuidados intensivos y dos más en observación. Comenzó a recuperarse y volvió a la casa.

El 9 de abril, por fin, recibimos la noticia de que mi hermano era negativo para Covid-19. La pesadilla que nos había atormentado las últimas tres semanas estaba por desaparecer.

Cuando le contamos a mi hermano que su última prueba era negativa, salió de su cuarto con una gran sonrisa. Aquel joven alegre, hiperactivo, extrovertido y afectuoso estaba de regreso. Con el apetito recuperado, volvió a comer en abundancia. También recuperó el interés por la televisión y se adueñó del televisor de la sala para ver sus programas favoritos por horas. Volver a la normalidad, sin embargo, le tomó más tiempo porque las secuelas y daños en sus pulmones persistieron, por su condición de fumador. Tuvo que someterse a un tratamiento médico y ya está por cumplir nueve meses sin nicotina en su cuerpo.

Ahora, recuperado, no deja de agradecernos todo lo que hicimos por él. No tiene por qué darnos las gracias, pues al final de cuentas —como dice Rubén Blades— familia es familia y cariño es cariño.

**Estudiantes de sexto semestre. Crónica realizada para la materia Periodismo II: Crónica y Reportaje.*

LA PANDEMIA *cambió* HASTA LAS DESPEDIDAS



Por Nohelia Guzmán Olmos*

Desde marzo pasado, con la llegada del coronavirus a Colombia, los rituales fúnebres cambiaron y con ellos la manera como los deudos deben asumir su duelo.



A todos en algún momento se nos terminará la vida. En un instante se detendrán para siempre nuestros órganos vitales y con ellos nuestros sueños. La muerte es inevitable y, quizá, es más traumática y dolorosa para las personas que se quedan en la tierra.

Muchos la enfrentan refugiándose en sus propias creencias y confiando en que sus seres queridos estarán mejor en ese más allá.

Otros viven largas temporadas de luto, en las que no le encuentran sentido a su nueva vida.

Otros se desviven por organizar la ceremonia perfecta para desearle al ser amado un buen viaje hacia una "vida mejor".

Otros incluso visitan con frecuencia la tumba del ausente para 'dialogar' con él o con ella, como si pudiera escucharlos.

Otros prefieren rodearse de personas que los ayuden a transitar ese doloroso camino de la pérdida.

Otros simplemente prefieren la soledad.

Desde que la pandemia llegó a Colombia, en marzo pasado, las velaciones y sepelios masivos quedaron prohibidos por orden del Gobierno nacional. Esa medida, que busca frenar los contagios en el país, no es exclusiva de esta nación y sigue las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud para intentar detener el avance del coronavirus en todo el mundo.

Si ese virus invisible, pero letal, incluso, cambió los rituales de despedida, ¿cómo afrontar ahora la pérdida del padre amado, cuando no es posible reposar junto a su sepulcro hasta que las lágrimas se agoten? ¿Cómo despedirse de esa vecina que por años vivió con una pena de amor, pero aún así no dejaba de sonreír? ¿Cómo decirle adiós a ese líder religioso que se convirtió en un faro moral para la vida de muchos por tanto tiempo? ¿Cómo sobrellevar la pérdida del amigo de infancia al que no se pudo velar?

El 8 de febrero la abuela paterna de Natalia cumplió 90 años. Para celebrarlos, la nieta emprendió un viaje de dos horas por carretera, desde Cartagena, hacia San Juan, un pueblo de Bolívar ubicado en los Montes de María.

En aquella celebración por la larga vida de la abuela, Natalia bailó con su padre. Tímida, como siempre lo ha sido, se había negado a concederle la pieza musical, pero él insistió tanto que terminó llevándola a la pista de baile.



Durante la fiesta, Natalia y su papá no dejaron de hablar. Le contó cómo iban sus estudios y prácticas profesionales y hasta hicieron planes de cómo sería su futuro gracias a unos amigos a los que el padre llamaría para que le dieran trabajo. Una conversación que le demostraba a la hija cuán pendiente estaba siempre su padre de ella.

Al día siguiente, mientras se despedían en la terminal de buses del pueblo, su padre le recordó lo mucho que la quería. Natalia no prestó atención a sus palabras, pues pensó que aquella escena era por unos tragos de más. Regresó a Cartagena a continuar con sus estudios. Un mes después empezó la cuarentena nacional y no pudo volver a San Juan a visitar a su abuela ni a su padre.

La noche del 1 de abril recibió una noticia que la tiene sumida en la tristeza: Juan Carlos, su padre, murió de un infarto fulminante. Este hombre de no más de 60 años padecía de afecciones cardíacas desde hacía años: tenía el corazón grande, sufría de presión alta y problemas de azúcar. No cuidaba su dieta y bebía alcohol con frecuencia. No estaba dispuesto a dejar de disfrutar la vida como quería, recuerda ahora Natalia.

Adoloridos por el repentino fallecimiento del padre, Natalia y su hermano intentaron en vano viajar a San Juan para despedirse de él. Anhelaban abrazar a sus familiares para consolarse unos a otros. No consiguieron el permiso de salida de Cartagena. Tampoco el de ingreso a San Juan Nepomuceno.

Natalia desea retroceder el tiempo y escuchar con atención aquellas palabras últimas que su padre le dijo en la terminal de San Juan. Llena de tristeza, sabe que debe esperar varias semanas más para abrazar a su abuela, una mujer de 90 años que, contra todo pronóstico, terminó sepultando a uno de sus hijos.

Aún recuerdo despertarme al escuchar el fuerte llanto de mi mamá, bajar las escaleras muy asustada, ver a mis padres abrazados y con la voz entrecortada decirme que habías fallecido.

En ese momento el mundo se me vino encima, no podía entenderlo, lo único que pude hacer fue correr a mi cuarto y comenzar a llorar y preguntar una y mil veces ¿por qué? Hacía mucho tiempo que alguien tan cercano no partía. No recordaba ya cuán punzante es ese dolor.



Para respetar tu memoria te llamaré Pedro.

Días antes, habías ingresado al hospital por apendicitis. Te operaron y parecías recuperarte. Todos oramos por ti, creyendo que Dios obraría un milagro a tu favor.

Al nacer fuiste diagnosticado con problemas renales y después de toda una vida de tratamientos médicos, tu hermana te donó el riñón con el pudiste renacer a tus 22 años. Ese riñón, los últimos meses, ya no era funcional. Diariamente te hacían diálisis y durante la cuarentena estuviste conectado a una máquina que se encargaba de bombear sangre por todo tu cuerpo.

Dedicaste casi toda tu vida a cuidar de jóvenes como yo. Cubrías con tu manto de generosidad a decenas de ellos. Eras como un padre para muchos de nosotros. Con tus bromas siempre nos alegrabas la vida. Entre mis recuerdos no hay queja alguna sobre ti.

Un mes antes de tu muerte, a través de un grupo de Whatsapp, nos dejaste un mensaje que nos caló profundo: *“Mis pelaitos lindos, cómo están pasando. Los extraño un montón. Ya deseo que pase todo esto pronto para darles un fuerte abrazo. Los amo DEMASIADO”*

El día de tu muerte, 12 personas pudimos conseguir un permiso y darte el último adiós en el cementerio Jardines de Paz. Fuimos fortaleza para tu esposa y tu hija.

Dentro de la capilla de cremación, ellas transmitieron a través de la plataforma Zoom esa ceremonia de despedida y agradecimiento por tu vida. Así, desde la distancia y unidos por las pantallas, los muchos otros que te querían pudieron decirte adiós.

Días después, el 13 de mayo, la iglesia a la que te congregabas organizó otro homenaje virtual. Se conectaron 500 personas. Allí estaban tus discípulos, familiares y compañeros de trabajo recordándote. Todos lloramos y nos reímos al recordar tus anécdotas.

Feliz viaje Pedro. Gracias por tanto.

En el barrio todos conocían a Kenia como una mujer solidaria, amorosa y atenta. Se caracterizaba por su especial afecto con los niños y los animales. Siempre tenía una sonrisa y estaba dispuesta a darle un abrazo a quien lo necesitara. Vivía a pocas casas de un tío, a quien visitaba con frecuencia. De regreso a su casa, se enfrentaba a su realidad: la soledad.

Hasta que me enteré de su muerte fue que comprendí cuán difícil fue su vida. Hace muchos años, Kenia tuvo una pareja que la abandonó. Jamás superó esa pérdida.



El pasado 23 de abril, durante la cuarentena por coronavirus, Kenia murió sola en su casa. Su cuerpo fue encontrado desnudo a la salida del baño. La encontró su tío, quien llegó a buscarla alertado por los vecinos que tenían días sin verla.

Los vecinos cuentan que poco antes de morir, Kenia lucía congestionada. Unos síntomas de gripe a los que les restó importancia. No se realizó prueba alguna para descartar que tuviera coronavirus. Ese virus terminó apagando su vida.

El levantamiento del cuerpo de Kenia se demoró casi cinco horas porque los funcionarios del CTI de la Fiscalía y Medicina legal tardaron en llegar. Desesperados, los vecinos denunciaron en redes sociales que



temían que el coronavirus se propagara por el barrio.

No hubo tiempo para velación ni largas ceremonias. Solo hubo tiempo para un adiós de prisa. En el cementerio la acompañaron unas primas y el tío que encontró su cuerpo.

A Kenia siempre la recordé caminando por las calles del barrio, saludando a todo el que se cruzaba por su camino y acariciando a los perros callejeros. Así era ella.

El pasado 30 de marzo, Jairo recibió una llamada de su hermana menor que le informaba que su amigo y vecino de infancia acababa de morir. Su nombre era Juan Carlos, trabajaba en el Departamento Administrativo Distrital de Salud (Dadis) como parte del personal de apoyo a la gestión del Centro Regulador de Urgencias (CRUE), una dependencia encargada de coordinar y atender las urgencias en Cartagena.

Juan Carlos se encargaba de convocar a la comunidad y a personal de los hospitales de la ciudad para distintas capacitaciones. Pese a la cuarentena, no podía quedarse en casa.



El semestre pasado, cuando el virus generó una crisis de varias semanas en Cartagena, se contagió. Sus síntomas fueron similares a los de un cuadro de gripe. Los médicos le recomendaron reposo y regresó a casa.

Días después, su salud empeoró. Su esposa decidió llevarlo una mañana al Hospital de El Bosque. Allí estuvo sentado en una silla por horas. No le brindaron los primeros auxilios básicos. No le tomaron signos vitales. No se aseguraron de estabilizar su respiración. Tenía 39 grados de fiebre y dificultad para respirar y hablar.

A través de un video grabado por su esposa, Juan Carlos denunció la nula atención médica. “Sigo aquí en la clínica. Son las 3:00 de la tarde. No he recibido atención médica. Ya no puedo respirar”, se le escucha decir en la grabación.

Horas más tarde fue trasladado al Hospital Universitario del Caribe, donde procuraron brindarle una mejor atención y 24 horas después falleció sin la certeza de que estuviera contagiado por el virus. El resultado arrojó positivo 10 días después de su muerte, confirmó a través de un vídeo el entonces director del Dadis David Fortich.

La despedida de Juan Carlos Muñoz fue en el cementerio Jardines de Cartagena. Fue una ceremonia pequeña a la que solo asistieron sus tres hijos. Su esposa no pudo asistir porque también tenía coronavirus.

Jairo no se repone de la muerte de su gran amigo, ese que conoció por más de 40 años. A ese amigo, al que la negligencia médica mató, siempre lo recordará como jovial, generoso, trabajador incansable y confidente.

Las palabras se quedan cortas para decirle adiós a un amigo del alma.

**Estudiante de quinto semestre. Crónica realizada para la materia Periodismo II: Crónica y Reportaje.*



LO QUE EL VIRUS me arrebató

Desde marzo pasado, con la llegada del coronavirus a Colombia, los rituales fúnebres cambiaron y con ellos la manera como los deudos deben asumir su duelo.



Por Natalia Silva, Camilo Payares y
Yolliseth González*

Es lunes por la madrugada. Me despierto a las dos de la mañana y me alisto para dirigirme a mi puesto de trabajo en Bazurto, la principal central de abastos de Cartagena. Antes de salir, me siento en la cama y me pregunto cómo será mi día hoy, si los abastecedores comisionistas del mercado me darán los productos a crédito para poder vendérselos a mis clientes, en el puesto que tengo allí desde hace 34 años. También me pregunto si al final del día podré regresar con el sustento para mi familia.

Llamo a mi hija para que me abra la puerta y salgo de mi casa. En el transcurso de mi recorrido hacia el mercado no veo a nadie, no están los jóvenes sentados en las esquinas, ni los grupos de personas que se sientan a jugar dominó o siglo en las puertas de las casas. No escucho los sonidos de champeta, salsa o vallenato, con los que los vecinos solían acompañar sus madrugadas. Tampoco están los indigentes caminando de un lado a otro.

Ahora todo es distinto en este, el barrio Chino. Éste que incluso de madrugada solía tener una vida agitada. De hecho, el movimiento y la alegría de sus habitantes era lo que lo distinguía de sus sectores vecinos. Esta es la postal propia de una barriada ubicada al lado del mercado y habitada, en su mayoría, por pescadores que desde antes de que el sol despunte ya están en pie preparándose para pescar Caribe adentro y regresar días después con los frutos del mar. Otros, en cambio, ante un Caribe renuente deben regresar el mismo día con sus trasmallos vacíos.

Me detengo un instante a pensar en cómo ha cambiado mi vida por el coronavirus. La cuarentena ha hecho que mi día a día sea distinto. A pesar de tener 34 años de experiencia en el mundo comercial y haber presenciado múltiples circunstancias en el mercado, a mis compañeros y a mí nunca nos había tocado enfrentar una emergencia sanitaria como esta, que desde hace dos meses tiene a los cartageneros confinados y viviendo una cotidianidad a media marcha.

Me asusto con los reportes diarios que entregan las autoridades de salud. Todos los días escucho cómo aumentan los pacientes y cómo los respiradores no serán suficientes para cuando alcancemos el pico de contagios, que primero nos decían sería en mayo y ahora nos dicen llegará en agosto. Tengo miedo de convertirme en una de esas frías cifras que desde hace meses escuchamos a diario. Pero el miedo no es suficiente para que me quede en mi casa. Mucho menos, cuando la comida diaria no está garantizada. Con el hambre acechando, la cuarentena se ha convertido en un privilegio que no está al alcance de todos.

“

No escucho los sonidos de champeta, salsa o vallenato, con los que los vecinos solían acompañar sus madrugadas. Tampoco están los indigentes caminando de un lado a otro.

”



Son las tres de la mañana y ya estoy en Bazurto. La mayoría de los trabajadores somos personas que vivimos de las ventas diarias. Salimos de casa todos los días con la esperanza de no volver con los bolsillos vacíos. La dinámica de esa gran plaza comercial es también una evidencia de la marcada pobreza de Cartagena, que según el más reciente informe de Cartagena Cómo Vamos, tiene a una cuarta parte de su población en situación de pobreza y a un tres por ciento adicional, unas 35 mil personas, viviendo en la indigencia.

Al llegar a Bazurto saludo a mis compañeros. Me siento y mando a mi hermano Yesith a preguntar por los precios y la calidad del producto donde los comisionistas, hombres y mujeres que se dedican a la venta de alimentos al por mayor. Son ellos quienes negocian con los distribuidores de las distintas regiones de Colombia y reciben la mercancía en camiones. En mi caso, negocio a diario la carga de plátano que llega del interior del país. Con la información que dan, comparo los precios y decido con quién hago la compra del día.

El plátano que vendo es de tamaño mediano. Ese es el que más buscan los clientes. Hay comisionistas que me fían toda la mercancía, pero otros me piden la mitad del capital para venderme los plátanos. La mayoría de mis clientes son administradores o dueños de restaurantes. La otra pequeña parte son tenderos.

En esta madrugada de abril, espero a que lleguen o me llamen mientras observo cada rincón del mercado. Desde donde estoy sentado, pienso en la angustia que se respira en Bazurto por todo lo que está pasando. Es una situación inédita.

Siento que estoy quedándome en la quiebra. El poco capital que tenía ahorrado me lo he ido gastando poco a poco. El negocio ya no tiene el movimiento de antes, ese que me permitía solventar mis gastos personales, mantener a mi familia y tener capital para comprarles a los mayoristas. Ellos, a veces, me dan la mercancía a crédito, pero como no hay ventas, y lo poco que vendo lo necesito para los gastos de la casa, termino endeudado. Las deudas se acumulan. Ya habrá —quiero creer— cómo pagarlas.



Se acaba mi jornada y al día siguiente vuelvo a la misma rutina: me despierto a las dos de la mañana y veo por la ventana de mi casa a las personas que transitan a esa hora para ingresar temprano al mercado. Muchos han optado por llegar de madrugada porque con la salida del sol comenzarán las restricciones. Desde hace días Bazurto no solo es la gran plaza de abastos de Cartagena, es también uno de sus principales focos de contagio y el gobierno local tiene restringidas las ventas allí. A los pequeños comerciantes, por ejemplo, les comenzaron a pedir documentos que certifiquen que son los dueños de sus negocios. Muchos de estos no cuentan con esos papeles e ingresar a sus propios locales se les volvió un calvario.

Cuando yo creía que el cierre de Bazurto era lo más difícil que debía afrontar por esta pandemia, estaba por llegarme un derechazo, un golpe del que aún no me repongo.

La Covid-19 me arrebató a Rafa, uno de mis hermanos mayores. Tan solo tenía 59 años. Era alegre y dicharachero. A todo le sacaba un chiste. A todos nos hacía reír.

Me enteré el 17 de mayo. Ese domingo me llamó Albi, un compañero del mercado que es mayorista de plátanos y concejal en el municipio de Santa Rosa, a 20 minutos de Cartagena por la Vía Cordialidad.

Me preguntó cómo estaba Rafa y yo le dije que bien. La llamada se cortó y me imaginé que era por un problema de señal. No le di mayor importancia. Poco después, Albi volvió a llamar. Me dijo que entre los comerciantes de Bazurto corría un rumor: Rafa había muerto.

Sentí que el mundo se me abrió en dos. Empecé a llorar. Mi hija se dio cuenta y angustiada empezó a preguntarme “¿Papá, qué pasa?, dime qué pasó”. Yo no podía hablar. Como pude le dije: “Tu tío Rafa murió”. Ese día sentí que la vida era injusta, mi hermano no podía estar muerto. Por primera vez en la vida sentí mucho miedo.

Rafa se enfermó de un momento a otro. Lo habían ingresado de urgencias a la Clínica Laura Carolina. Tenía malestar en el cuerpo y dificultad para respirar. Algunos dicen que se contagió en el mercado de Bazurto, por recibir el dinero que pasaba por varias manos. Con él ya son cinco los compañeros de Bazurto muertos. Nadie sabe a ciencia cierta si todos murieron por Covid.

Desde que mi hermano falleció no he regresado al mercado. Me da miedo infectarme allí. Hace unos días, me dolía el cuerpo y llegué a creer que tenía coronavirus. Sentí tanto miedo que llevo días sin salir de mi casa. Confío en Dios. Quiero creer que, como todo en la vida, toda esta angustia pasará. Aunque mis días ya no serán como antes.

**Estudiantes de quinto semestre.
Crónica realizada para la materia
Periodismo II: Crónica y Reportaje.*





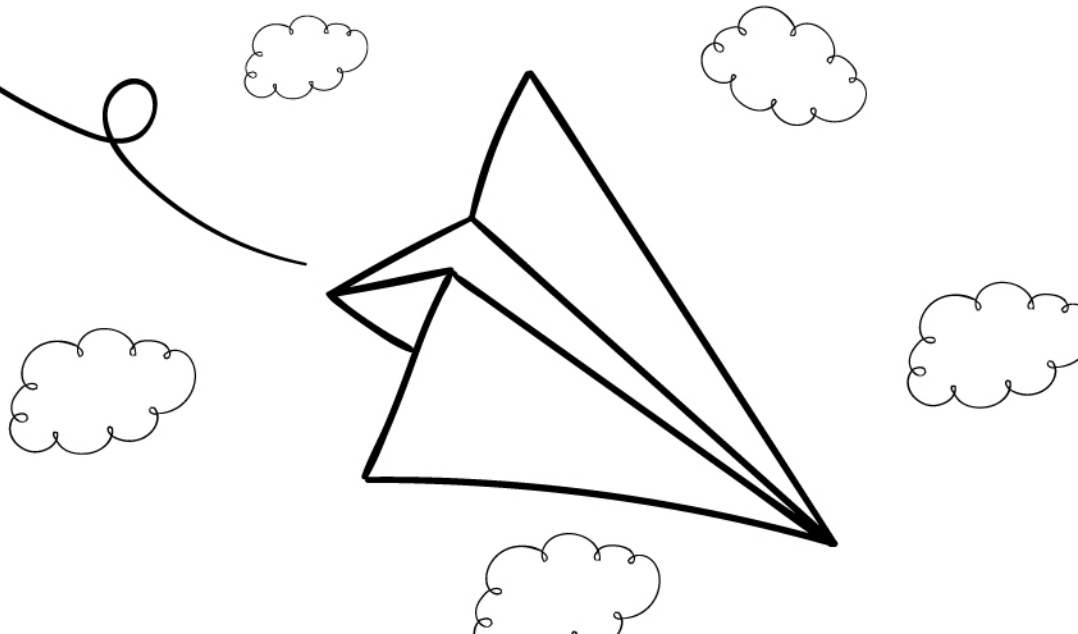
EN MALÍ

está mi amor

A inicios de 2020, Alberto, un piloto español, emprendería un viaje a Malí cuyo tiquete de regreso el coronavirus postergó. En casa, al sur de España y en medio de un confinamiento obligatorio, lo esperan su esposa Raquel y sus padres. Esta es la historia de una pareja a la que una pandemia distanció.



Por Valeria García, Shirleida Hoyos y Pamela May*



Me levanté y pensé en él. En él y en ese primer beso que nos dimos aquella mañana que jamás olvidaremos. Yo vivía en Marrakech, capital económica de Marruecos. Un día por la mañana muy temprano, Alberto, mi enamorado, me llamó para decirme que me invitaba a desayunar con un amigo y su pareja. Llevábamos pocos días saliendo. La cita era doble, por lo que estaríamos con los amigos de él. No me molestó en lo más mínimo porque estar con Alberto siempre me ha hecho feliz.

Estaba muy nerviosa, Alberto me gustaba muchísimo y era una invitación inesperada. Cuando me recogió me sorprendió aún más. La cita era en la provincia de Essaouira, a tres horas de Marrakech, una ciudad costera y turística que en mi opinión parecía un pueblito. Emprendimos nuestra aventura por carretera. Nos acompañaban un amigo de Alberto, español como él, y su amiga marroquí. Todo iba perfecto hasta que nos detuvo la policía. Fueron momentos muy tensos porque en ese país es ilegal que una mujer marroquí soltera viaje con hombres, así estos sean sus amigos. Alberto y el otro español tuvieron que darle dinero a aquel uniformado para que nos dejara seguir nuestro camino.

Estaba muy nerviosa, Alberto me gustaba muchísimo y era una invitación inesperada. Cuando me recogió me sorprendió aún más. La cita era en la provincia de Essaouira, a tres horas de Marrakech, una ciudad costera y turística que en mi opinión parecía un pueblito. Emprendimos nuestra aventura por carretera. Nos acompañaban un amigo de Alberto, español como él, y su amiga marroquí. Todo iba perfecto hasta que nos detuvo la policía. Fueron momentos muy tensos porque en ese país es ilegal que una mujer marroquí soltera viaje con hombres, así estos sean sus amigos. Alberto y el otro español tuvieron que darle dinero a aquel uniformado para que nos dejara seguir nuestro camino.

Cuando llegamos a nuestro destino no hacía tanto frío. Estacionamos el carro y caminamos hacia el restaurante para desayunar. La idea era comer un plato típico, yo llevaba poco tiempo en el país y no había podido probar muchas recetas de la gastronomía marroquí. Por eso seguimos la recomendación de nuestra amiga nativa.



Después de desayunar caminamos un tramo para conocer más de esa pequeña ciudad. Sus grandes murallas la hacían ver como una capital histórica que, aunque distinta, por momentos me recordaba a mi natal Cartagena, donde viví durante 18 años ininterrumpidos hasta que me fui a estudiar en la vecina Barranquilla. Después, con 22 años, dejé Colombia y salí rumbo a Marruecos para cumplir mis sueños.

Era tarde ya, cuando vimos esa fabulosa playa que nos hacía “ojitos”. Sin pensarlo, Alberto y yo corrimos hacia el mar. Aunque no eran más de las seis, la temperatura ya había bajado a 13° grados, y el agua estaba helada. Nos importó muy poco y nos zambullimos en el Atlántico.

—Puff, en verdad hace mucho frío— recuerdo que mencioné.

—Sí, estamos muy locos, metiéndonos al mar a esta hora— me contestó Alberto.

—Tiene que valer la pena cada segundo de esta cita— le respondí.

—Tienes razón, contigo tiene que valer la pena cada segundo juntos— me dijo.

Desde lejos nuestros amigos notaban lo felices que la estábamos pasando. Aunque con mucho frío, Alberto se me acercó y me abrazó. Ese abrazo llegó acompañado de un beso profundo. Era nuestro primer beso, con el que iniciaría oficialmente nuestra historia de amor y con el que comenzaríamos a construir una vida juntos, recorriendo el mundo. Lo hicimos así por mucho tiempo hasta echar raíces en España, donde ahora está nuestro hogar.



Y es justo aquella primera cita la que me hace recordarlo hoy, 16 años después, teniéndolo tan lejos porque el coronavirus llegó de repente y nos separó: él en África, yo en Europa. Nos separan 24 horas de vuelo.

Alberto es ahora mi esposo y el coronavirus me ha hecho amarlo con mayor locura. Lo que más anhelo sobre todo es besarlo como aquel día memorable. Somos una de las centenares de parejas que quedaron distanciadas por este virus que nació en Wuhan (China) en 2019, pero que solo en 2020 comenzó a sentirse con fuerza en esta parte del globo.

Solo hemos vivido los primeros meses de esta pandemia —y con los mensajes que los medios de comunicación bombardean por minuto— me convenzo, cada vez más, de que este virus marcará un antes y un después para la humanidad. Uno de los continentes que más ha sufrido es Europa, donde ahora vivo. Hace unos días, leyendo información publicada por la Organización Mundial de la Salud (OMS), supe que a diario se reportan casi cinco mil nuevos casos por país. Esto evidencia la difícil situación por la que estamos atravesando y lo que está por llegar los próximos meses.

También leí que España es el cuarto país europeo con más muertes y contagios diarios: a la fecha de hoy tiene más de 240.000 contagiados, 27.000 muertos y 150.000 recuperados.

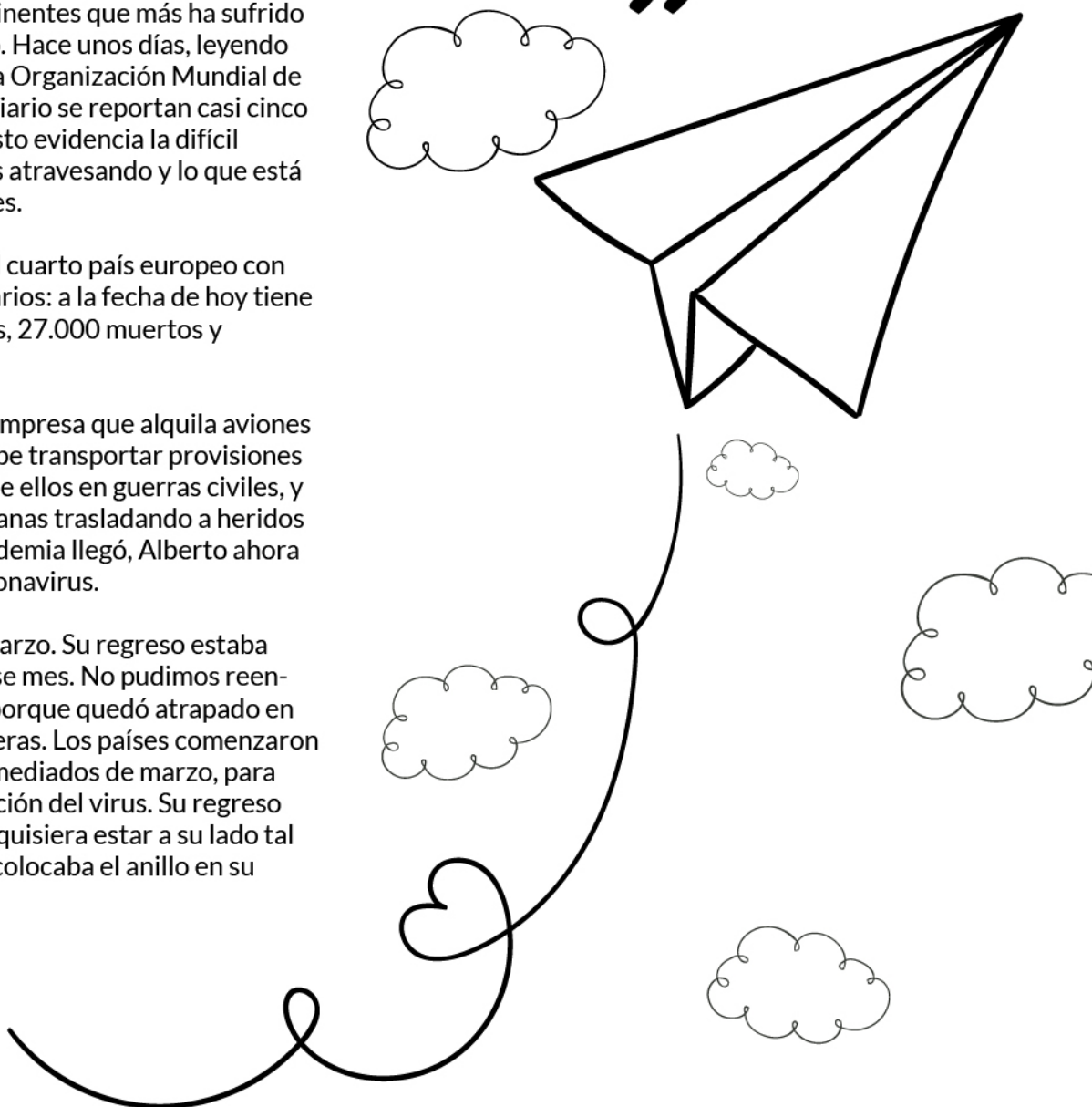
Mi esposo es piloto de una empresa que alquila aviones de carga. Con frecuencia debe transportar provisiones a países africanos, muchos de ellos en guerras civiles, y quedarse por un par de semanas trasladando a heridos de guerra. Desde que la pandemia llegó, Alberto ahora traslada a enfermos por coronavirus.

Está en Malí desde el 1 de marzo. Su regreso estaba programado para el 31 de ese mes. No pudimos reencontrarnos aquí en España porque quedó atrapado en África con el cierre de fronteras. Los países comenzaron a cerrar sus aeropuertos, a mediados de marzo, para intentar detener la propagación del virus. Su regreso todavía no tiene fecha. Hoy quisiera estar a su lado tal como se lo prometí cuando colocaba el anillo en su mano.

“

También leí que España es el cuarto país europeo con más muertes y contagios diarios: a la fecha de hoy tiene más de 240.000 contagiados, 27.000 muertos y 150.000 recuperados.

”



“Hoy quisiera estar a su lado tal como se lo prometí cuando colocaba el anillo en su mano.”

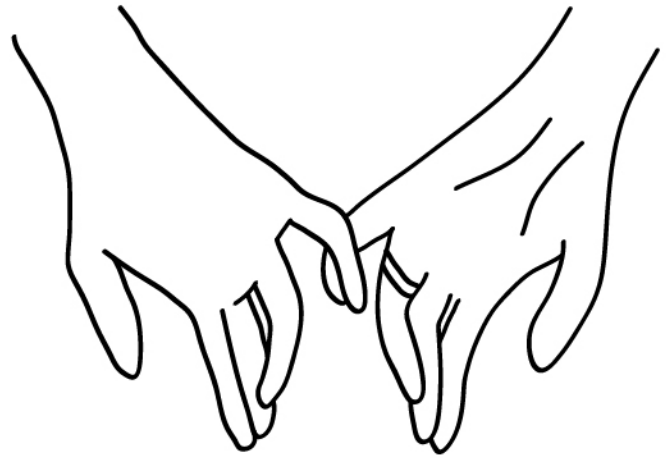
Conocí a Alberto en 2010 cuando ambos vivíamos en Marruecos. Él estaba desempleado y yo trabajaba como subgerente de una cadena hotelera internacional. Dos años después, viajamos a casarnos a Cartagena, donde vive gran parte de mi familia. Fue una boda emotiva porque la celebramos tal como la había soñado, a la orilla de mi Caribe y acompañada de todos mis seres queridos. Asistieron mis padres, hermanos, primos y tíos. Tampoco faltaron amigos del colegio ni de la universidad.

Fue un día soñado, fue un día feliz. Alberto me tiene acostumbrada a que a su lado los días siempre sean felices.

Después de la boda, nos fuimos a vivir a Ciudad de Panamá. Allí abrimos un restaurante de comida española. Llegó a ser muy conocido en poco tiempo y demandaba toda nuestra atención. La cotidianidad se nos volvió un trabajo en equipo. No nos quejábamos porque sentíamos que cada minuto la vida nos sonreía. Esos primeros años de casados los recuerdo con especial ternura. Aunque nunca nos faltó clientela, no teníamos planes de establecernos por mucho tiempo en ese país. Vendimos el restaurante para comenzar una nueva aventura juntos y en 2016 nos vinimos a España.

Después de recorrer varias ciudades, finalmente nos establecimos en el sur, en El Puerto de Santa María, donde Alberto nació y se crió. En esta ciudad viven sus padres, con quienes compartimos hoy hogar.

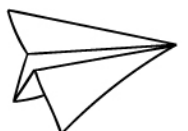
No es mi lugar favorito de España, pero me ofrece la tranquilidad que otros no tienen. Aquí puedo salir a caminar en paz y con la convicción de que no me pasará nada porque es una población segura.



Es una ciudad de menos de 200.000 habitantes, sin muchas tiendas ni grandes supermercados. Sin embargo, tiene unos parques naturales y playas que la hacen un pequeño paraíso.

En nuestros planes siempre ha estado la idea de tener un espacio propio, un rinconcito que tenga nuestro sello personal, un lugar que podamos llamar hogar. De hecho, antes de que esta emergencia sanitaria comenzara, nos pusimos en la búsqueda de una casa cómoda y al alcance de nuestro bolsillo. Después de mirar varias, escogimos la que más nos gustó, hicimos todo los trámites y ahora es nuestra.

“Fue un día soñado, fue un día feliz. Alberto me tiene acostumbrada a que a su lado los días siempre sean felices.”



Cuando adquirimos la casa aún estaba ocupada por sus antiguos dueños, quienes no pensaron que encontrarían compradores tan rápido. Por eso, nos pidieron más tiempo para desocupar el lugar. Hace algunas semanas recibí una llamada: eran los antiguos dueños de la casa avisando que tenían todo listo para irse. Me tomó por sorpresa su anuncio. No imaginé que lograrían encontrar una nueva casa en medio de esta crisis sanitaria de la que España todavía no se repone. Cuando recibí las llaves, en medio de mi soledad, agradecí a Dios por tenerla, pero me fue inevitable esa sensación de tristeza por tener a Alberto tan lejos de mí.

Mi vida se ha vuelto una rutina en esta cuarentena. Por las mañanas, al despertar, lo primero que hago es mirar al lado de mi cama pensando que en algún momento Alberto volverá a ocupar su lugar. Sin embargo, lo que encuentro es un mensaje en mi celular que me notifica que no está, pero que aún en la distancia me piensa, me extraña. Desde que nos separamos tenemos un ritual: nos escribimos al despertar y también antes de irnos a dormir.

Casi todos los días voy a la nueva casa. Allí paso todo el día resanando paredes y reparando la parte eléctrica. Los días que no voy ayudo a mis suegros en los quehaceres de su casa. Me gusta colaborarles porque aún sigo viviendo con ellos.

“ Mi vida se ha vuelto una rutina en esta cuarentena. Por las mañanas, al despertar, lo primero que hago es mirar al lado de mi cama pensando que en algún momento Alberto volverá a ocupar su lugar. ”

Con Alberto hablo todos los días. Nos reímos mucho contándonos cómo van nuestras rutinas en África y Europa. No han faltado las conversaciones profundas, llenas de tristeza por el peso de su ausencia.

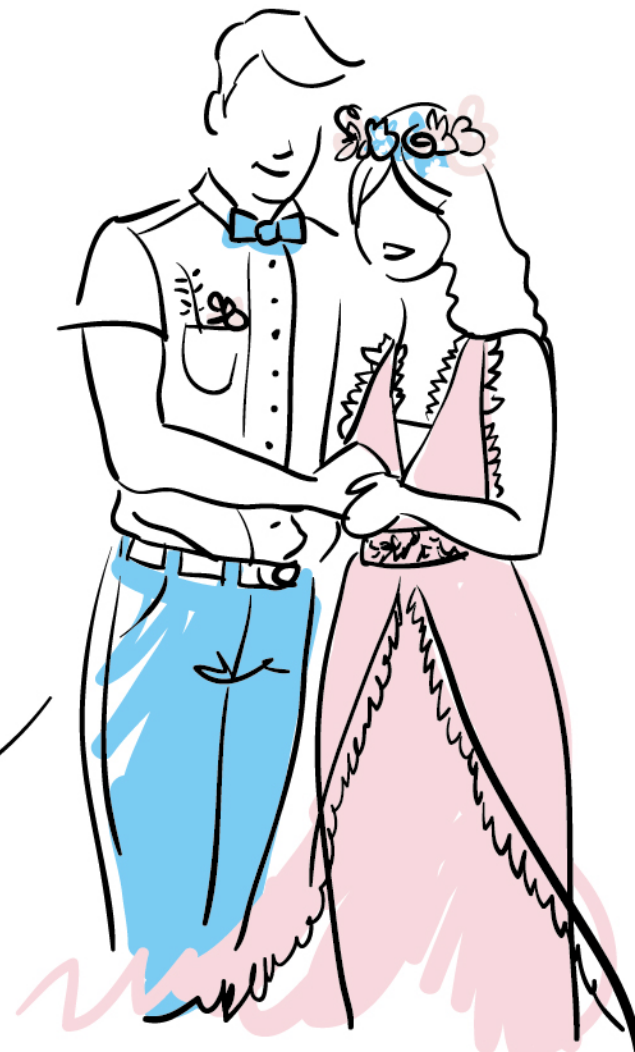
—Quiero verte pronto— le dije en una de nuestras conversaciones recientes.

—Ya falta poco mi amor, ten paciencia, pronto nos volveremos a encontrar.— me dijo para consolarme.

No se lo digo, pero cada segundo que pasa me duele no tenerlo a mi lado. Hay días en los que la distancia es insoportable y siento que la pandemia me ahoga. Ya no quiero escuchar más anuncios de muertes ni de contagios ni de cuarentena. Me siento agobiada. Tengo miedo.

Te extraño Alberto...

**Estudiantes de sexto semestre. Crónica realizada para la materia Periodismo II: Crónica y Reportaje.*



PROGRAMA DE
COMUNICACIÓN SOCIAL



REVISTA
VISOR

**Retratos
de una
MUTACIÓN**

HISTORIAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

